
La séptima y última ponencia, es de Josep Piqué, Diputado del Parlamento de Cataluña, y Ex Ministro de Asuntos Exteriores, y se titula "La Unión Europea: ¿Actor global en defensa de los Derechos Humanos?". En la introducción, con la que inicia su trabajo y que constituye una especie de declaración de principios, Piqué sostiene que la Unión Europea hoy puede ser considerada como un actor global de los derechos humanos, pero que hay que *reparar un poco de historia y de contextualizar*. En efecto, entiende, que la Unión Europea nació como un *proyecto político de construcción europea*, pero necesitada de pragmatismo para superar los traumas de su historia, de confrontación y guerras durante siglos. Concretamente refiriéndose al siglo XX, lo califica de *extraordinariamente convulso* y carente de respeto a los derechos humanos. En este sentido, alude con especial énfasis a las dos guerras mundiales habidas, y a la toma de conciencia que se produjo al finalizar la Segunda para evitar se pudiera repetir en Europa una nueva conflagración bélica. Para ello, señala Piqué, la vía a la que se recurre, no es la *estrictamente política*, sino la económica, la del *Mercado Común*. Luego, dice, vendría la ampliación geográfica, hasta llegar a los 27 países que integran en la actualidad la Unión Europea. No olvida, los problemas que quedan por resolver, entre otros, el de Turquía, los Balcanes o el de las antiguas repúblicas de la Unión Soviética. A continuación, expone que lo que se ha hecho con *la moneda única* en 12 países, no ha sido posible

efectuarlo en el campo de *la política exterior, de la política de defensa o de la política de seguridad y de libertad y de justicia*, al ser estos *elementos básicos de la soberanía de lo que históricamente conocemos como Estado-nación*. La cuestión hoy día, apunta el ponente, es que Europa, en el marco de la globalización ha dejado de ser *el actor esencial del planeta*, al desplazarse el centro del mundo al Pacífico e Indico, y convertirse en periférica. No obstante, reconoce el papel destacado que la Unión Europea ha llevado a cabo *en la defensa y promoción de los derechos humanos*. Critica el doble rasero, que la Unión Europea ha aplicado, a la hora de sancionar la falta de respeto a los derechos humanos. Así Serbia ha sido sancionada, mientras que China o Irán, no lo han sido. Piqué finaliza su brillante análisis, retomando su idea guía de que solo desde una perspectiva histórica se puede comprender el papel de la Unión Europea en relación con los derechos humanos.

En resumen, nos encontramos ante un buen libro, útil, con un alto valor pedagógico y divulgativo, que cumple sobradamente el objetivo inicialmente fijado, en el que desde una visión interdisciplinar destacados especialistas del mundo del Derecho, la Economía o la Política, ofrecen un recorrido histórico sobre el papel fundamental que los derechos humanos han representado en Europa, durante el periodo de 1957 a 2007, sin olvidar los nuevos retos a los que se han de hacer frente en un mundo globalizado. [Manuel PORRAS DEL CORRAL]

Política

CARDENAL, Fernando (2009) *Junto a mi pueblo, con su revolución. Memorias*, Madrid, Trotta.

Para quien conoció la Nicaragua de los años 80 y su revolución sandinista, leer este libro es recrear algunos de los momentos más ilusionantes, altruistas y utópicos de la segunda mitad del siglo XX. ¿Qué pasaba en Nicaragua, en esos años ochenta, para acudieran “brigadistas”, cooperantes y voluntarios de casi todas partes del mundo? ¿Qué movía a algunos escritores como el granadino Luis García Montero a llamar a Nicaragua “trinchera” del mundo? ¿Qué había pasado para que los críticos de la religión hicieran siempre una excepción con Nicaragua y la teología de la liberación? ¿Qué movía al obispo Casaldáliga a acudir cada año a Nicaragua al encuentro de Comunidades Cristianas de Base? El lector va a poder encontrar en este libro la respuesta, una respuesta, al menos, a esas preguntas.

Este libro cuenta, en primera persona y por un testigo excepcional, lo que Gustavo Gutiérrez llamó en repetidas ocasiones el *hecho mayor* de la vida de la Iglesia latinoamericana: la emergencia de un cristianismo revolucionario, el que de hecho fuera un fenómeno cuantitativa y cualitativamente importante y el que tuviera cierto arraigo en diversos ámbitos de la institución eclesial.

Se estaba produciendo un movimiento en el que confraternizaban revolucionarios cristianos y no cristianos y ello significaba un acontecimiento de novedad e importancia históricas, a la vez que planteaba un auténtico desafío teórico y práctico, no sólo para los teólogos sino también para sociólogos,

políticos y eclesiásticos. El nuevo fenómeno era distinto de los antiguos diálogos entre cristianos y marxistas. Parece obvio que no era una nueva doctrina teológica lo que causaba tanta inquietud en el Vaticano y a la vez en el Pentágono, sino un auténtico movimiento social dotado de dinamismo emancipador. Un sector significativo de la Iglesia en América Latina –compuesto a la vez de comunidades de base, movimientos apostólicos de acción católica, estudiantes y obreros cristianos, agentes de pastoral obrera, campesina y urbana y un número no pequeño de sacerdotes, religiosas y religiosos y aun de obispos– se empezaba a situar al lado de los pobres y sus luchas. Era un movimiento práctico de cristianismo radical y sin el que, entre otras manifestaciones, sería difícil de entender el alcance de la revolución en América Central.

¿Cómo explicar el nacimiento de este movimiento tan amplio en medio de una tradición eclesial conservadora y espiritualista y de una iglesia generalmente alineada con el poder establecido y más preocupada por el más allá que por los problemas reales que afectaban a la población latinoamericana? ¿Por qué surge en la Iglesia latinoamericana en un momento histórico determinado? Parece que la aproximación más adecuada es la que comprende el fenómeno como consecuencia de una serie de cambios internos y externos a la propia Iglesia. Sin el proceso de apertura al mundo que significó para la Iglesia católica la celebración del Concilio Vaticano II (1962–1965) y sin las nuevas corrientes teológicas, anteriores y posteriores al mismo, así como el desarrollo de ciertas formas de cristianismo social (curas obreros, movimientos de acción católica –universitaria, obrera,

campesina– movimientos de educación y concienciación), no es posible entender el desbloqueo eclesial que da origen a este movimiento cristiano. Al mismo tiempo, un despertar del pensamiento social liberador (la teoría de la dependencia que supera las teorías desarrollistas anteriores) permite encajar esas aspiraciones en un movimiento social bastante unitario y descriptible. Es un proceso de radicalización social de la cultura católica latinoamericana, que en Nicaragua va a desembocar en una participación activa y protagónica en la revolución.

Fernando Cardenal nos cuenta su vida al hilo de ese movimiento social cristiano. Pero contar su vida es contar la vida de su pueblo y su revolución. Porque ahí está la explicación personal de su trayectoria: la cercanía al pueblo. Y lo hace con una delicadeza y un cariño que despiertan una enorme ternura. Sus encrucijadas de conciencia que le llevan a fijar sus prioridades de fe frente a las pertenencias institucionales (Compañía de Jesús especialmente, pero también, Iglesia, familia, partidos políticos, etc.), nos asoma a sus afectos y desafectos a medida que avanza en sus opciones. Sus discernimientos frente a la violencia, la lucha armada, el riesgo de la muerte propia y la certeza de la muerte ajena, etc. nos introducen en unos textos llenos de dramatismo humano y de autenticidad cristiana.

Este es el libro de un “testigo”. Testigo en el sentido más habitual de la palabra: cuenta su propia vida, y la de su pueblo, en dos décadas decisivas de la historia de Nicaragua. Y “testigo” en el sentido

religioso del término. En él se hacen vida las palabras del Concilio Vaticano II: los gozos y las tristezas, las esperanzas y el sufrimiento, sobre todo de los más pobres, encuentran eco en su corazón. Nada hay verdaderamente humano que le sea ajeno como discípulo de Cristo.

Fernando es un optimista no ingenuo. Un escritor que compensa la cierta torpeza de su prosa con la sinceridad, autenticidad y generosidad de un gran corazón. Un creyente que ama a la Iglesia, pero no es ciego a sus incoherencias y limitaciones. Un revolucionario capaz de crítica y autocrítica. Un ser humano, experto en humanidad, que descubre la ambigüedad casi inevitable de cada vida humana.

Su libro es un regalo inapreciable. Y su lectura no les dejará indiferentes. Me atrevo a calificarlo para Nicaragua en un clásico. Ese es el valor de los grandes libros, como describe el profesor Sánchez Meca:

... si una obra literaria o filosófica se convierte en inmortal es porque, en virtud de la riqueza y profundidad de su contenido, es capaz de ofrecer siempre interpretaciones nuevas para nuevos problemas y nuevas preguntas. Tiene, por tanto, un poder de renovación ideológica y, en consecuencia, de transformación de la historia misma. Pues es en la lectura y en la reinterpretación de las grandes obras donde toma impulso la modificación de los horizontes culturales y el cambio de las expectativas de existencia de una sociedad en un momento dado de la historia.

[Rafael YUSTE MOYANO]